

pos subordinados del presente, se explica que representantes herederos de quienes dieron origen al culto (capitanes de guerra y sacerdotes, sin duda) vengan prolongándolo hasta ahora, conservándolo en cierta medida “infiltrado”, “tolerado” dentro de la actual estructura social hegemónica que hoy —cabe puntualizar— irradia su poderío desde la Norteamérica anglosajona.

Al tratar Moedano de la tradición de los concheros, y postular que surgió entre grupos otomíes-chichimecos del Bajío, en específico de Querétaro y Guanajuato, no enfatizó el punto; pero platicando admitía la tesis histórica-cultural de que el majestuoso Cerro de Culiacán, con su adoratorio en la cumbre dedicado a la Santa Cruz (hoy arrasado y profanado por las antenas repetidoras de las televisoras), es en realidad, no sólo para los aborígenes portadores de tal tradición sino para grandes sectores de la sociedad regional (notoriamente mestiza ahora), la seña orográfica sacra de que ahí fue y está Chicomóztoc, la Montaña de las Siete Cuevas o ámbito sagrado del Señor de los Cuatro Vientos, de Ometéotl, la divinidad dual de los ancestros del origen. De ahí un día migraron a fundar el glorioso imperio tolteca-chichimeca, precursor del de los mexicas que los invasores europeos vieron fincado en torno a la Gran Tenochtitlan.

La montaña alza su imponente majestuosidad arriba de los 2 800 metros y hace declinar sus agrestes faldas justo como una enorme pirámide natural donde colindan los actuales municipios guanajuatenses de Cortazar, Jaral del Progreso y Salvatierra; aunque se le puede contemplar desde territorios de Jerécuaro, Santiago Maravatío, Salamanca, Santa Cruz de Juventino Rosas, Yuriria y Valle de Santiago. El cronista de este último municipio,